



EL SIGLO DE ORO DE 18 KILATES

PARECE que la cosa va en serio. Rodeando el Ministerio de Información y Turismo se puede ver a horas de oficina una densa cola, impaciente y silenciosa de intelectuales dispuestos a apuntarse a la llamada del banderín de enganche. Por fin la gente de las letras y del pensamiento se ha levantado de la mesa camilla, ha apagado el brasero y ha salido a la calle para ver en qué queda eso de la apertura. Hasta ahora, el intelectual español tenía un pie en Alemania y otro en la legión del desierto como un verdadero atlante que dejaba al país debajo del arco triunfal de las dos piernas. Ahora ya es distinto. Por

las esquinas de la patria corre un vientecillo aperturista y los sesudos varones de la cultura se han puesto a hacer números.

Para los intelectuales se va a acabar la covachuela, la taberna de tinto y boquerón y el ir con gabán raído y con bufanda saltando charcos a reunirse en cualquier desolado desmante para hablar de estructuras; para los intelectuales españoles se va a acabar el sopi-

caldo de gachas entre capitulo y capitulo. La gloria y el dinero están llamando ya a la puerta. Todo parece indicar que el Ateneo va a convertirse en un apasionado centro de ferviente diálogo científico y cultural; la Real Academia se va a poner de moda hasta tal punto que las mocitas madrileñas en lugar de ir al Bernabéu a ver a su Madrid se dirigirán a las escali-

natas a pedir autógrafos a los inmortales.

Lo malo son los atascos. Por ahí fuera, en el extranjero de los masones hay mucho sabio español aparcado. Si contamos en que están por volver los obreros de Europa, los marroquíes de la pesca, los gallegos de las Américas, las sirvientes de Australia, si a esto se une la avalancha de intelectuales el suelo patrio se va a poner embotellado de tal forma que habrá que ir pensando en ir ampliando el estadio Bernabéu.

Se avecina un nuevo siglo de oro, esta vez, de dieciocho kilates. Allá ustedes.

VICENT

